



Ricardo Piglia y *El último lector*.

## Bibliotecas personales II

# Una tradición de uso

La biblioteca es para mí un instrumento de trabajo, desde luego algún ejemplar fetiche tengo, como la edición de *El oficio de vivir* de Cesare Pavese, que es un libro que ha recorrido todas mis mudanzas, y es uno de los pocos libros que han sobrevivido a las distintas etapas de mi vida. Nunca hice de la biblioteca un objeto autónomo, para mí las bibliotecas tienen mucho que ver con lo que uno imagina que va a usar. Allí están los libros que me sirven o me han servido, ya sea por placer de leer los textos, ya sea porque me sirven para lo que estoy escribiendo o para los cursos. Después tengo muchos libros de historia argentina que vienen de mi época de estudiante, muchísimos libros policiales, de la época en que dirigía colecciones y leía para decidir cuáles se iban a traducir. En definitiva, diría que la formación de mi biblioteca está ligada al azar y al trabajo. Cuando empecé a viajar a los Estados Unidos, pronto observé que en general nadie tiene bibliotecas personales, por el hecho mismo de que las bibliotecas públicas y universitarias son extraordinarias. La noción de biblioteca, como algo personal, es muy de los márgenes y tiene que ver con una tradición de uso, más que con la propiedad misma de los libros. En general en la Argentina las bibliotecas personales son muy funcionales y flexibles, digamos, libros que sirven para distintas cosas. La relación con los libros y las bibliotecas marca de manera distinta a cada generación. Por ejemplo, en la época de la dictadura yo iba todas las tardes a la Biblioteca Nacional de la calle México y tomaba notas de libros que se conservaban ahí, mucho material del siglo XIX, me interesaba la presencia de exiliados argentinos en Chile de la época de Rosas, que se fueron a California cuando la fiebre del oro. Uno de los personajes centrales de *Respiración artificial* hacía ese viaje. Quizás en otra situación política, tal vez, yo no hubiera sido tan sistemático y no hubiera estado tanto tiempo en la biblioteca, porque desde luego los militares y los policías no tenían ningún interés en entrar en las bibliotecas y eran lugares relativamente a salvo.



**Ricardo Piglia**

En *La forma inicial, conversaciones en Princeton*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2015, pp. 90-91.